

CAPITULO XIV.¹

El adelantado Montejó, gobernador de Yucatán, Tabasco y Honduras.—Se decide á tomar posesión del gobierno de Honduras.—Situación política de esta colonia.—Envía al capitán Alonso de Cáceres á Honduras.—El capitán Cáceres se apodera del gobierno de Buena Esperanza en 1537, y se hace cargo del gobierno.—Don Francisco de Montejó, el mozo, gobierna Tabasco como lugarteniente de su padre.—Reconquista la provincia.—El capitán Francisco Gil, en nombre de D. Pedro de Alvarado, invade el país de los Lacandones, y funda la Villa de San Pedro de Tenosique.—Lo sabe el gobernador de Tabasco y se dirige al encuentro de Francisco Gil.—Persuade á éste que el territorio de Tenosique correspondía á la jurisdicción del adelantado Montejó.—El capitán Gil reconoce y acata la autoridad del Gobernador de Tabasco, y se somete á él con toda su fuerza.—Don Francisco de Montejó, el mozo, ordena la ocupación de Champotón, y encarga de efectuarla al maestre de campo Lorenzo de Godoy.—Desembarco pacífico en Champotón.—Aparente indiferencia de los indios.—Ataque nocturno que termina con una derrota de los indios.—Coalición de varios caciques contra los españoles.—Nuevo desembarque de los españoles.—Derrota de los indios.—El maestre de campo Lorenzo Godoy renuncia el empleo de capitán general, y entra á sustituirlo Don Francisco de Montejó, el sobrino.—Conspiración descubierta.—Los cabecillas son enviados á Nuestra Señora de la Victoria.—Los indulta Montejó.—Desesperada situación de la colonia en 1539.—Los colonos proyectan abandonar Champotón.—Junta convocada por el Capitán General.—Se resuelve informar al adelantado Montejó del proyecto de desamparar Champotón.—El Capitán Juan de Contreras es elegido para llevar el informe.

Las dos cédulas de 19 de Diciembre de 1533 concedieron al adelantado Montejó la gobernación de Higuera¹ ú Honduras, además del gobierno de Tabasco y Yucatán. Su ambición estaba col-

¹ *Información de servicios de D. Francisco de Montejó, hijo del adelantado del mismo nombre.*—Cogolludo, *Historia de Yucatán*, libro III, capítulo I, II y III.—Herrera, Decada VI, libro I, cap. IX.

² Dieron los españoles el nombre de Higuera á esta tierra, porque la

mada: tenía más de lo que podía gobernar. Sin embargo, se propuso salir con éxito en todas partes y triunfar de cuantos obstáculos se le opusiesen, bien por los hombres, bien por la naturaleza, y como por más activo é inteligente que fuese, no podía estar al mismo tiempo en todas partes, en tanto que tomó á su cargo la empresa de ir en persona á tomar posesión del gobierno de Higuera ú Honduras, puso por lugarteniente suyo en Tabasco á su hijo D. Francisco, y contribuyó¹, al menos con sus instancias, al envío de los religiosos á la pacificación de Yucatán.

La provincia de Higuera ú Honduras pasaba en 1533 por una crisis penosísima: gobernada por Andrés de Zerezedá, era presa alternativamente de la arbitrariedad, del despotismo, ó de los desórdenes de la anarquía. Se podía decir que la dominación española en esta provincia casi había fracasado. Existían ciertamente tres poblaciones de españoles: la villa de Buena Esperanza, en el valle de Naco, Puerto Caballos y Trujillo; pero los españoles que vivían en estos lugares eran, por su número reducido, impotentes para extender y afirmar la autoridad de España, y apenas eran suficientes para resistir los incesantes ataques de los indios. Mu-

primera vez que en ella desembarcaron, vieron muchas matas de güiros que ellos llamaban Jigüeras.

¹ «Los días pasados escribí á V. M. como á pedimento del adelantado Montejó, y viendo que era necesario, yo envié á Tabasco al custodio Fray Jacobo de Testera con otros cuatro religiosos, á que procurasen de atraer á nuestra fé y debajo del yugo de V. M. aquellos naturales; y de como llegaron allá, y de la buena voluntad con que los recibieron habiendo estado hasta allí de guerra.» *Carta de D. Antonio de Mendoza al Emperador*, en la *Colección de documentos de Indias*, tomo II, página 195.

chos españoles habían perecido en sus manos, y los que sobrevivían habían pasado muchas hambres y trabajos, y continuaban pasándolos sin esperanza de remedio. Había pedido Zerezedá socorro al adelantado de Guatemala, D. Pedro de Alvarado, y tardando en venir, se llegó á resolver despoblar la provincia, y aun se puso por obra la resolución, saliéndose de Buena Esperanza los pobladores, con su ganado y demás propiedades, dirigiéndose unos á la gobernación de Guatemala, y otros á la de León. En el camino los encontró el adelantado D. Pedro de Alvarado que acababa de llegar del Perú, y, sabiendo la situación lastimosa de Buena Esperanza, se había trasladado personalmente al valle de Naco: los hizo volver á la ciudad, y se hizo cargo del gobierno.

Se dedicó inmediatamente á pacificar la tierra, nombró jueces y otros empleados, y con hábil espíritu restableció la armonía y la paz entre todos los pobladores. Luego se trasladó al Puerto de Caballos, y allí concibió la idea de formar una nueva población que sirviese como de vínculo de unión entre Guatemala y Honduras, evitando el aislamiento en que se encontraba esta última, por la falta de población de españoles que había en la prolongada distancia que separaba á Guatemala de Buena Esperanza. Comisionó al capitán Juan Chaves para que explorase la sierra, hasta encontrar un sitio adecuado donde fundar la nueva ciudad. Chaves cumplió su comisión: con su compañía anduvo días y noches entre sierras y breñales, y al fin salió á un plácido llano á que cubría hermoso cielo. Fué tal la emoción de Chaves al desembo-

car en el llano después de su prolongada marcha entre peñas y riscos que exclamó con vehemente regocijo, "gracias á Dios que hemos hallado tierra llana" y en conmemoración de este grito espontáneo de alegría, la ciudad se llamó de Gracias á Dios. Alvarado puso la primera piedra, y, quizá por su situación, creció y se desarrolló tan rápidamente que ocho años después, en 1544, era una ciudad bastante importante, y fué escogida para sede de la Audiencia de los Confinés, que estuvo allí despachando justicia hasta 1563 en que se trasladó á Guatemala.

Fundada Gracias á Dios, Alvarado nombró encomenderos, repartió entre ellos la tierra que se había pacificado, y, encargando á Juan Chaves de continuar la guerra con los indios alzados, se embarcó en Trujillo para España.

El adelantado Francisco de Montejo, desde México, tenía los ojos fijos en Honduras,¹ y por esta misma época envió á su amigo y subalterno el capitán Alonso de Cáceres, con poderes plenos, á tomar posesión en su nombre de la gobernación de Higueras ú Honduras que acababa de caer en las manos del adelantado Alvarado. Al llegar Cáceres á Honduras no fué bien recibido, pero como el teniente de Alvarado, Chaves, había partido á Guatemala, con inaudita osadía aprovechó Cáceres la coyuntura, y se escurrió en Gracias á Dios cuando menos se le esperaba. Acompañado de varios amigos

¹ En 1536, cuando llegó á Azores Francisco Cava, tuvo noticia de que Montejo intentaba ir á Honduras y que había enviado delante un capitán. *Petición del procurador de la provincia de Honduras en favor del adelantado Pedro de Alvarado en la Colección de documentos de Indias, tomo XVI, pag. 280.*

de Montejo, dió un golpe de mano atrevido, apoderándose por la fuerza del gobierno de la ciudad. Prendió y encerró incomunicados en la cárcel pública á los dos alcaldes y á dos regidores, destituyéndolos de sus empleos, y sustituyéndolos con criaturas suyas. En posesión de la autoridad, se apresuró á informar de todo á Montejo, y le invitó á ir en persona á tomar posesión de su gobierno. Montejo se dió prisa á ponerse en camino, queriendo aprovechar la ausencia de Alvarado para afirmarse en el puesto, pues no podía ocultársele que Alvarado, al volver de España, no toleraría verse sustituido en el gobierno que había aceptado tan á su gusto. Luchas fuertes se le preparaban, y se aprestó á sostenerlas con tesón. El 10 de Mayo de 1537, ya Montejo estaba en Honduras, á donde llegó con Pedro Nuñez de Guzmán, vecino de la villa de San Salvador.¹ Su primera medida fué quitar las encomiendas á los partidarios de Alvarado y repartirlas á sus amigos: no se olvidó de adjudicarse á sí mismo algunas, para resarcirse de las pérdidas de los últimos años. El nuevo puesto convenía á Montejo: las ricas minas de oro que se habían descubierto en las cercanías de Gracias á Dios eran un estímulo y atractivo sin igual para no desamparar este gobierno, del cual se podían sacar recursos para la conquista de Yucatán.

El año de 1537, lo pasó Montejo en Gracias á Dios. Dejémosle ocupado en reorganizar su gobierno, y en vísperas de arduas luchas con Alvara-

¹ Carta del adelantado D. Francisco de Montejo al Emperador en la colección de documentos de Indias, tomo II, página 212.

do y sus partidarios, y volvamos la vista á lo que pasaba en Tabasco y Yucatán.

Sabemos que en Tabasco estaba gobernando Don Francisco de Montejo, el mozo, y que en esta provincia se habían reconcentrado todos los restos casi exánimes de la expedición á Yucatán. Allí se había refugiado Gonzalo Nieto, al separarse de Campeche, después de sus mil protestas, á su juicio suficientes, para conservar á la corona de España, el dominio de la península de Yucatán. Como dijimos, al encargarse D. Francisco de Montejo, el mozo, del gobierno de Tabasco, había encontrado la colonia en situación casi tan desesperada como la de Yucatán: los españoles pocos, enfermos, desalentados, inquietos con las noticias lisonjeras del Perú, y aviándose para abandonar las márgenes del Grijalva en busca de mejor fortuna ó de comarcas menos enfermizas; los indios, aunque reconociendo teóricamente la dominación española, de hecho eran no sólo independientes sino rebeldes; la extensión del territorio, cruzado de innumerables ríos que en sus crecientes periódicas inundaban la tierra, así como la poca fuerza de españoles de que se podía echar mano, no permitían hacer sentir enérgicamente la acción gubernativa á fin de que la obediencia fuese completa y la subordinación exacta. Con la llegada de D. Francisco de Montejo, el mozo, todo cambió de faz, y su mano juvenil, pero experta y hábil, dió al gobierno cierto temple que hizo renacer la confianza y el ánimo. Reavivado el espíritu de los españoles, se dedicó á sojuzgar de nuevo á los indios, haciéndoles acatar la autoridad y pagar fielmente sus tributos. La

empresa no estuvo destituida de tropiezos, sino al contrario fué más difícil que la primera conquista: los indios opusieron tenaz resistencia, y fué necesario emplear á menudo el recurso de las armas, y esto no con tanta ventaja como en los primeros tiempos. Los indios de Tabasco se habían acostumbrado á la vista y trato de los españoles; no los medían tan grandes y extraordinarios como al principio; los consideraban hombres comunes como ellos y capaces de ser vencidos y destruidos: opusieron la fuerza á la fuerza, y en numerosos combates corrió en abundancia la sangre de ambos beligerantes. Llevaban una ventaja los indios y era que sus terrenos ora cenagosos, ora montuosos, ora cubiertos de bosques espesos, de ríos sin vado, de corrientes impetuosas, inutilizaban la caballería: la infantería era la única que podía maniobrar, mas en condiciones tan incómodas que frecuentemente mayores luchas había que sostener contra los elementos de la naturaleza que contra los indios. Estos, después de un combate encarnizado, iban á ocultarse á sus guaridas, y los españoles, corriendo en persecución suya, tenían que detenerse á veces en su marcha por las crecidas de los ríos, las anegaciones del campo, por las lluvias incesantes. Tanta humedad y al mismo tiempo excesivo calor daban vida á enorme cantidad de insectos ponzoñosos, y producían enfermedades contagiosas y mortales; los alimentos escaseaban, y era menester procurárselos con las armas en las manos, arrancándoselos violentamente á los indios: no poca perseverancia se necesitó para permanecer firme en esta campaña que diezmaba á los españo-

les, y que amenazaba demorarse indefinidamente.

En estas circunstancias luctuosas, llegó un auxilio de gran mérito, y cuya oportunidad nunca pudo agradecerse suficientemente por los interesados en la conquista de Tabasco. El capitán Diego de Contreras, con sus dos hijos Juan y Diego y veinte soldados más, aportó á nuestra Señora de la Victoria en un navío de su propiedad cargado de armas y provisiones. El capitán Contreras venía de recalada, y no tan pronto supo su llegada Montejo, cuando fué á recibirle y á colmarle de atenciones y obsequios: le hospedó lo más espléndidamente que pudo, y tomó á pechos atraérselo y hacérselo amigo: se empeñó en que se quedase en Tabasco y cooperase con sus recursos de hombres y municiones; invocó la necesidad en que se encontraba; apeló al patriotismo de los Contreras; trajo á la memoria el servicio real, y tentó su ambición con la oferta de los mejores empleos y los más pingües beneficios en el país conquistado. Al fin el capitán Contreras se rindió á tanta solicitud, halagos y promesas, y él con sus hijos, tropas, armas, bastimentos y el mismo navío, se agregó á la colonia, poniéndose á las órdenes de Montejo como uno de tantos subalternos suyos: todos estos recursos fueron aprovechados eficazmente, y el buque sirvió para traer nuevos socorros de Veracruz, con lo que el sojuzgamiento de Tabasco pudo seguir más rápidamente.

Ocupado Montejo en sus correrías por el interior de Tabasco, tuvo noticia de que el capitán Francisco Gil, viniendo de Guatemala, se había internado en las tierras de los Lacandones, y que se

había establecido en Tanochil. En efecto, el adelantado Don Pedro de Alvarado había llegado del Perú á Guatemala á fines de Abril de 1536, y casi á raíz de su llegada había dispuesto una expedición á Puchbutla¹ y Lacandón, y había nombrado para este fin al capitán Francisco Gil y al maestro de campo Lorenzo de Godoy. Poniendo en ejecución el capitán Gil sus instrucciones, penetró en Puchutla, y luego bajó al valle de Tun y río de Tanochil. Encontró á los indios Lacandones del todo salvajes y alzados, pues apenas sentían su aproximación se fugaban á los bosques con todos sus bastimentos, dejando los pueblos desiertos y desolados. Resolvió el capitán Gil fundar un pueblo, y para el efecto escogió un lugar apropiado á orillas del río de Usumacinta, y allí fundó la villa de San Pedro de Tenosique.

Al saber Montejo la fundación de esta villa, se trasladó personalmente á ella con veinte soldados, con el objeto de tener una conferencia con el capitán Gil. Como se lo sospechaba, se persuadió desde las primeras palabras que Francisco Gil estaba obrando en nombre y cuenta del adelantado D. Pedro de Alvarado, de modo que la nueva villa poblada iba á quedar sometida á la provincia de Guatemala, con detrimento de los intereses de su padre. Inteligente y sagaz en extremo el joven Montejo, comprendió que era importante no permitir la desmembración del territorio sujeto á la jurisdicción del adelantado Montejo, y que al propio tiempo convenía atraerse á toda aquella gente pa-

¹ Pochutla ó Pochuta, pueblo del partido de Tuxtla en el Estado de Chiapas.

ra reforzar sus tropas. En la conferencia que tuvo con Francisco Gil, tratándole con gran comedimiento y cortesía, le demostró con palabras y documentos que el territorio en que había fundado la villa de San Pedro estaba comprendido en el distrito jurisdiccional del gobierno de su padre: de seguro que acompañó sus razones y argumentos de agasajos y promesas, pues acabó por captarse el ánimo de Francisco Gil tan perfectamente que no solamente se dejó persuadir sobre el derecho preferente del adelantado Montejo al territorio ocupado, sino que, con toda su tropa, convino en reconocer la autoridad de Montejo y en alistarse bajo sus órdenes á servir en la conquista de Tabasco y Yucatán. Tomó posesión Montejo de la Villa de San Pedro de Tenosique en nombre de su padre; dejó como gobernador de ella al mismo Francisco Gil; y se propuso aprovechar los servicios de Lorenzo Godoy para continuar la conquista de Yucatán.

En 1537, todo Tabasco estaba ya pacificado, repartido ó dividido en encomiendas, y el joven y bizarro Montejo en aptitud de empeñarse en nuevos combates, pues que su alma esforzada y ardiente no se conformaba con el sosiego de la paz. El recuerdo de Yucatán no se borraba de su imaginación, por lo mismo de que allí había sufrido desastres humillantes: ni él ni su padre se decidían á renunciar á Yucatán. Impulsado por este sentimiento, el Adelantado había solicitado del virey Mendoza el envío de religiosos á reducir á los mayas por la predicación del evangelio, y fracasada esta empresa, Montejo el mozo volvía á pensar en emplear sus fuerzas, ya desocupadas, para tomar el

desquite contra los belicosos habitantes de Yucatán. Su padre estaba distante de Tabasco; no podía solicitar su venia, ni consultarle; no obstante, se resolvió á intentar un ensayo, poniendo el pié en algún puerto cercano á Tabasco, y estableciendo una colonia militar ó destacamento que pudiese fácilmente sostener, y por cuyo medio insensiblemente podría ir extendiendo su dominio en Yucatán. El lugar que eligió fué el puerto de Champotón, punto conocido por sus soldados y que podía estar en comunicación frecuente con la villa de Salamanca de Xicalango, y aun con la villa de San Pedro de Tenosique, poblaciones las más avanzadas de las fronteras tabasqueñas.

Sirviéndose del navío de Contreras, embarcó para Champotón varias compañías de soldados, al mando del maestre de campo Lorenzo de Godoy,¹

¹ Cogolludo, tomo I, página 187, afirma que el Adelantado vino personalmente á Champotón, y que luego se volvió al gobierno de Tabasco dejando de jefe á su hijo D. Francisco: asigna por fecha del desembarco el año de 1537. Es indudable que el Adelantado Montejó no pudo venir personalmente á Champotón, pues auténticamente está comprobado que en 1537 el adelantado Montejó estaba en Honduras. Véanse las *Cartas de Indias*, página 421, donde se dice, en carta de 10 de Mayo de 1537: «al presente está Montejó en Naco.» Don Antonio de Mendoza, en carta de 10 de Diciembre de 1537, dice: «del Adelantado Montejó recibí agora poco ha cartas de Honduras» *Colección de documentos inéditos del archivo de Indias*, tomo II, página 210. Tampoco parece que vino á Champotón D. Francisco de Montejó, el mozo, pues en las probanzas de éste, los testigos declaran lo siguiente: «Que estando el dicho D. Francisco de Montejó en la dicha villa de Tabasco con los poderes que el dicho adelantado su padre le había dado, tuvo manera como envió por capitán á Lorenzo de Godoy con gente á el dicho pueblo de Champotón, y estuvo en el cargo casi un año, y después dél vino por capitán Francisco de Montejó, estuvieron en el dicho pueblo casi tres años, por ser poca gente sirviendo á Su Majestad en lo que se ofrecía con intento de pacificar estas provincias, en el qual dicho tiempo vino tres ó cuatro veces á los ver y visitar. *Información de servicios de D. Francisco de Montejó, hijo del adelantado del mismo nombre.* Respuesta á la undécima pregunta.

que se había distinguido como jefe valiente y de inteligencia en la conquista de Guatemala, al lado de D. Pedro de Alvarado.¹ Iba la expedición bien provista de armas, municiones y vituallas, y el jefe llevaba órdenes de fundar población y mantenerse en ella de pié firme, hasta que el Adelantado resolviese continuar de lleno la conquista de Yucatán.

Al verificarse el desembarco de Godoy en Champotón, corría el año de 1537. Los Couohes esta vez afectaron una conducta diversa de la de otras ocasiones: no hicieron oposición al desembarco; lo vieron con aparente indiferencia, y ni la más tenue señal de enojo dejaron vislumbrar. Atónitos estaban los españoles de tanta tranquilidad y paz: no habían creído poner pié en tierra sin una lucha pertinaz, y ahora miraban con asombro que bajaban á la costa con la misma sencillez y lisura con que llega á su patria el viajero después de una breve ausencia. ¿Qué secreto habría escondido en este cambio? ¿No habría nueva red oculta en aquella marcada indiferencia? A la vuelta de aquella barranca, detrás de aquellos escarpados riscos, entre los vecinos matorrales ¿no se ocultaría alevosa emboscada de guerreros listos á aprovechar el primer descuido para aniquilar á los invasores? Todo podía existir luchando con los Couohes, cuya fiereza corría parejas con su taimada astucia. Lorenzo de Godoy tomó todas las precauciones que evitasen una sorpresa ó traición, y asentó su real en Champotón.

¹ La descendencia de Lorenzo Godoy fué de notoria calidad en Guatemala.

Pasaron algunos días con el mismo sosiego: ningún signo hostil, ningún alboroto. Parecía que los mayas habían cambiado de genio, ó que, cansados de pelear, ya no repugnaban habitar el mismo suelo en compañía de los españoles. Estos comenzaban á creer en la sinceridad del trato nuevo, atribuyendo el cambio á la persuasión de la imposibilidad de la resistencia: habían recibido una lección con lo que había sucedido en la provincia limítrofe de Tabasco. Los Chontales, á pesar de sus incansables lides, habían acabado por sujetarse al freno: podía ser que los mayas con este ejemplo, sin esperanza de triunfo, quisiesen tolerar á los invasores, y aceptar la coexistencia con ellos en su territorio.

No tardaron los españoles en salir de su ilusión. Una noche de tenebrosa oscuridad, á eso de las doce ó poco más, dormían los españoles en su cuartel, y el más completo silencio reinaba en derredor, solo interrumpido por la voz de alerta de los centinelas. En las cercanías se había reunido secretamente un gran tropel de indios, y en aquellos momentos se dirigían armados por distintas veredas al real de los españoles, con intento de sorprenderlos y acabar con ellos. Iban tan callada y pausadamente que ni las hojas secas del bosque hacían ruido con sus pisadas: así pudo llegar un grupo hasta el centinela más avanzado sin ser sentido de nadie. El desgraciado centinela repentinamente se vió cercado, asido estrechamente por decenas de manos y agredido de muerte: los hazos y crueles lanzadas que le llovían, apenas le dieron tiempo de exhalar lastimeros gritos antes de

entregar el alma. El grito de agonía del centinela y el ruido de los golpes de muerte hizo cundir la voz de alarma, y arrancó á Godoy y á sus soldados del sueño, en momentos en que turbas de indios desembocaban por todos lados. Con la rapidez del relámpago tomaron los españoles sus armas á tientas, y, saliendo á la puerta del cuartel, las descargaron con furia sobre los asaltantes que en gruesas oleadas se precipitaban sedientos de sangre. La primera descarga de las armas de fuego detuvo un instante aquella marejada humana; mas en el intervalo de cargar de nuevo las armas, los indios de vanguardia, empujados por las masas que atrás venían, embistieron de nuevo ferozmente y hubo que hacer uso del arma blanca para quitarlos del camino. Flechas de agudo pedernal y espinas de pescado alcanzaron á varios españoles que mezclaron sus lamentos con el número crecido de indios que agonizaban en tierra heridos mortalmente por los esmeriles, ballestas, falconetes y mosquetes. Se trabó una pelea sangrienta en que la furia era igual por ambas partes. En la oscuridad tenebrosa de la noche, no se distinguían los combatientes, y los destrozos que se hacían recíprocamente no acertaban á medirse sino por los quejidos horripilantes que se multiplicaban á cada minuto. Se oía el estertor lúgubre de los moribundos, las imprecaciones de los que yacían en tierra desesperados, las súplicas de los que solicitaban socorro. Estos ruidos de muerte hicieron comprender á los indios que muchos de ellos perecían, y se sintieron desmayar: fueron huyendo los sanos de la pelea, y antes de los primeros albores del día la lid había ce-

sado. Los agresores se habían escurrido por las selvas sin ser perseguidos de los españoles. Desconociendo éstos el terreno y andando en tinieblas, demasiado cuidado llevaban consigo de no tirarse mutuamente, de lo cual se corrió inminente riesgo, entre aquella confusión y baraúnda en que los combatientes pelearon á veces mezclados y cuerpo á cuerpo.

Cuando escampó la granizada de flechas, Godoy se retiró al cuartel con sus tropas, y esperó la luz de la mañana para medir el tamaño de sus pérdidas, que él sospechaba de bastante importancia: al amanecer se sintió consolado, viendo que eran menores de lo que imaginaba, sobre todo comparándolas con las que los indios habían sufrido: las armas de fuego habían hecho en ellos un estrago inexplicable. Mandó enterrar á los muertos, lo cual no fué poca faena, y aprovechando la lección, tomó todas las seguridades para no volver á sufrir una sorpresa tal que estuvo á punto de acabar con todos sus soldados en una sola noche.

Los indios por su parte recibieron escarmiento, y en muchos días no se asomaron ni á distancia del cuartel: ó avergonzados, ó despechados, ó temerosos, se alejaron de Champotón, dejando á los invasores en aislamiento. Empezó á escasearles á éstos la comida, y aunque tenían pescado en abundancia en aquellas playas, temían engolfarse y ser sorprendidos por canoas de indios flecheros; faltábales el pan, y estaban deseosos de otra clase de vianda más sustanciosa. Algunos soldados se aventuraban en los bosques á cazar venados, conejos ó pavos; pero pronto se vió que la caza era entretenimiento en

que la vida peligraba. Un suceso triste vino á persuadirlo. Dos soldados, aguijoneados por el deseo de comer algo que no fuese pescado, se metieron en una floresta vecina, y, abstraídos por la agitación de la caza, se alejaron sin sentirlo del campamento. Atisbados por los indios, de pronto se vieron sitiados por un gran número de ellos que se propusieron cogerlos vivos para sacrificarlos á sus dioses. Justamente tenían pensado hacer un solemne culto y sacrificio para impetrar la victoria contra los extranjeros, porque, aunque vencidos, no cejaban un punto en su decisión de arrojar á los invasores. Los dos infelices españoles quedaron sobrecogidos de horror al verse cercados por infinidad de indios y, se creyeron perdidos; no obstante pugnaron por abrirse paso; pero tuvieron que sucumbir al número y, llevados en triunfo al cacique, fueron reservados para solemne y truculento sacrificio. Se les guardó con centinelas de vista en jaulas de madera, se les alimentó y regaló con manjares delicados, y á los pocos días, pintado el cuerpo de azul, y con la corona en la cabeza fueron llevados al templo. Allí se les sacó el corazón, y se ofreció caliente, humeante, á los ídolos, y lo demás del cuerpo se partió en pedazos y se distribuyó entre los devotos para comerselo en festin abominable. El sacerdote tomó para sí las manos, los pies y la cabeza, y el cacique hizo lavar cuidadosamente los huesos más grandes y los conservó como trofeos. Junto con los desgraciados españoles fueron también sacrificados y comidos varios niños de tierna edad ofrecidos por sus padres, ó arrancados violentamente del regazo de sus madres para este destino cruento. Estaban

los indios empeñados en desagaviar á sus dioses, y, entregados á su obstinada superstición, ni el más leve rastro conservaban de las predicaciones del padre Testera.

Aunque parecían quietos y pacíficos los indios, en realidad no estaban sino fraguando una coalición, para caer en abrumadora multitud sobre el real de Champotón: enviaron comisarios á todos los cacicazgos á enardecer y exaltar el patriotismo de sus habitantes y moverlos á que viniesen á ayudar á dar un golpe formidable á los invasores. Se habían celebrado con este objeto juntas y conferencias, y de ellas habían salido pactos de mutua alianza, sellados con juramentos, maldiciones y conminaciones, en que los sacerdotes intervinieron en nombre de los dioses: muchos caciques se obligaron á enviar grandes fuerzas, todas las cuales obrarían bajo la dirección del cacique de Champotón.

Fueron llegando de todas partes soldados, y los españoles no pudieron ignorar que se estaba preparando un ataque muy serio á sus posiciones. Sin la afluencia de gente en los pueblos circunvecinos bastante á ponerlos en guardia, algunos avisos llegaron á sus oídos de modo que no pudieron dudar de que estaban en vísperas de una gran refriega: se prepararon á ella y esperaron tranquilamente que la tempestad estallase.

Reunidos los indios confederados, rompieron las hostilidades emprendiendo con estrépito y algazara un ataque general al cuartel español. No los desalentó la resistencia invencible que les fué opuesta; antes pareció agijonear su furia, y rabio-

sos arremetieron de nuevo en masa compacta. El aire se oscureció con la lluvia espesa de flechas y el humo de la polvora, y por más que caían muertos infinidad de indios, los asaltantes no se detenían, los cadáveres mismos de sus compañeros les servían de pavimento para continuar la lucha. Morían también los españoles á los tiros de aquella cerrada multitud, y apretados por el cerco que se iba haciendo cada instante más estrecho, sintieron el animo desmayar y decidieron emprender la retirada á los buques, antes de que el camino de la playa se volviese impenetrable. En buen orden, y sosteniendo el fuego en retirada, se fueron acercando á la mar y metiéndose en los botes se pusieron en salvo.

El campo había quedado por los mayas, y entre estremecimientos de júbilo entraron al abandonado cuartel español y lo saquearon: cogieron los vestidos de los españoles, que por la prisa de la retirada se olvidaron, y poniéndoselos á guisa de trofeo, salieron á la playa á mofarse de sus fugitivos enemigos, arrojándoles en cara su cobardía y diciéndoles mil improperios y sandeces. Como los españoles entendían algo de la lengua maya, comprendieron la sangrienta burla que del valor castellano se estaba haciendo; hirvió el encono en sus almas, y sintiendo el rubor en el rostro y en el corazón la saña, se olvidaron de su propia vida, y, revolviendo veloces á la playa, tomaron la más vigorosa ofensiva. Los indios por su lado, aunque asombrados de la osadía, volvieron á la carga impetuosamente. La lucha se trabó de nuevo: los castellanos ciegos y fieros sembraban la muerte sin

descanso; no se cuidaban de perecer; habían resuelto vengar la diatriba de sus adversarios, y su empeño era permanecer dueños del campo. Lo prolongado de la lucha, la obstinación exaltada de los invasores, sembró el miedo entre los indios, poco acostumbrados á sostener largas batallas; perdieron el ánimo y se retiraron: los españoles no pensaron en perseguirlos porque estaban desfallecidos y próximos á morir de fatiga.

Esta derrota quebrantó el aliento de los indios y los dispersó. Coadyuvaba también á ello su sistema de pelear: en sus guerras no acostumbraban llevar más provisiones que las que cada soldado cargaba consigo, y así desde que sufrían la primera derrota cada cual tomaba el camino de su casa por la senda más breve que se presentaba ante sus pasos. Lo mismo sucedió esta vez: la gran multitud de confederados se desbandó en precipitada fuga: el mismo cacique de Champotón tuvo que retirarse á un pueblo apartado, á causa de no tener soldados en quienes apoyarse.

Si los habitantes de Champotón se veían á punto de perderse por los ataques de los indios, la villa de San Pedro de Tenosique, en que gobernaba el capitán Francisco Gil, pasaba por no menores tribulaciones. No era que sufriese también serias embestidas de las tribus de Lacandones que la rodeaban; otra era la calamidad que aquejaba á sus habitantes aislados en medio de la selva, y con difíciles comunicaciones para ponerse en contacto con las demás colonias españolas: el hambre y las enfermedades diezmaron á los pobladores. Viendo el capitán Gil que los españoles llevaban riesgo de

perecer de necesidad, juzgó prudente despoblar la villa y replegarse con toda su gente á Champotón. Consultó el punto con D. Francisco de Montejo, el mozo, y éste que conocía de vista ambos establecimientos, fué de parecer conforme con el del capitán Gil. Recibido el permiso, Francisco Gil se dirigió á Champotón por tierra, atravesando pantanos, ríos y bosques. Algunas tribus indias lo molestaron en su camino, y al cabo de algún tiempo llegó á Champotón. Los españoles de Champotón se alegraron de recibir tan oportuno refuerzo, y se afirmaron en el pensamiento de permanecer pié quedo en aquella playa que tanta sangre les había costado.

Parece que entonces D. Francisco de Montejo, el mozo, estaba en Champotón,¹ donde había ido á visitar la colonia para informarse de sus necesidades y recursos. De acuerdo con los principales jefes y capitanes, determinó que la nueva población viniese á sustituir la recientemente despoblada villa de San Pedro de Tenosique, y que así se nombrase villa de San Pedro de Champotón. Eligieron alcaldes, nombraron regidores y demás oficiales para el servicio público, y permaneció siempre como jefe el maestre de campo Lorenzo de Godoy. Don Francisco de Montejo, el mozo, se volvió á Tabasco en compañía de Francisco Gil, quien probablemente se regresó á Guatemala de donde era conquistador.

Después de la partida de Montejo á Tabasco, estuvo á punto de formarse otra coalición contra los españoles. Varios caciques de la provincia de

¹ *Probanzas de D. Francisco de Montejo*, lugar citado.—Cogolludo, tomo I, pag. 195.

Champotón empezaron á conspirar para levantar un nuevo ejército que cayese sobre los españoles y los acabase. Por fortuna, de lo que se estaba tramando algunos indios amigos dieron aviso al capitán general de Champotón, que lo era por entonces D. Francisco de Montejo, sobrino del adelantado. Este había sustituido al maestro de campo Lorenzo Godoy, el cual siguiendo las huellas del capitán Francisco Gil se había vuelto á Guatemala, en donde tenía sus afecciones, como que había servido allí en la conquista y población de aquellos países, y conservaba encomienda y familia.¹

Muy preocupado estuvo el capitán general Montejo al descubrir la conspiración, y más temeroso pensando que si estallaba no tendría fuerza para oponerse á ella, porque muchos de los pobladores se habían ido para otras provincias. Reunió á los jefes más experimentados é inteligentes y conferenció secretamente sobre las medidas que deberían tomarse para hacer abortar la conspiración. Discutidos los planes y sistemas que se propusieron, al fin, de comun acuerdo se convino que lo que ofrecía mayor éxito, sería sorprender á los principales caudillos de la conspiración, antes de que estallase; prenderlos inopinadamente; y con rapidez sacarlos de la provincia y llevarlos á Tabasco para que el gobernador Montejo los castigase. Semejante golpe sólo podría ser seguro si se verificaba con tanta celeridad que dejase sobrecogidos á los indios por

¹ Godoy Lorenzo. El y su hijo Juan sirvieron en las conquistas y poblaciones de los reinos de Guatemala, con Don Pedro de Alvarado. *Historia de Guatemala* de D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, tomo I, página 104.

su misma osadía, de modo que al recapacitar ya estuviesen en Tabasco sus jefes fuera del alcance de su protección. Surgía un obstáculo de gravedad, y era que en aquellos días no había ningún buque que transportase á los presos á Tabasco: era preciso conducirlos por tierra, y tal viaje estaba erizado de peligros, ya por la mala calidad de los caminos, ya por la distancia, ya porque los conductores de seguro habrían de ser asaltados por turbas de indios que saldrían á arrebatár á los presos.

El impedimento era difícil de superar; pero todo lo allanó la bizarría y arrojo juvenil de Juan de Contreras, que con desprecio de todo riesgo, aun el de la propia vida, se ofreció á conducir á los presos á Tabasco en breves días y con toda seguridad. Todos lo conocían valiente, rayano en temerario, esforzado y de palabra leal é inquebrantable: lo que prometía lo cumplía sin remedio, á costa de cualquier sacrificio. Su oferta infundió completa confianza, y el capitán Montejo, el sobrino, aceptó con agrado el compromiso. No hubo ya sino poner en ejecución la prisión de los principales cabecillas.

No costó trabajo apoderarse de los conjurados: los que denunciaron la conspiración habían contado sus pormenores é individuado los nombres de los jefes comprometidos en ella. Salieron al mismo tiempo de Champotón varios capitanes españoles con piquetes de tropa para diversos pueblos, y cayendo de improviso en ellos, aprehendieron á los caciques, y los llevaron á Champotón. Allí Juan de Contreras, con una escolta, se hizo cargo de ellos, y salió rumbo á Tabasco. Con el fin de evitar un golpe de mano, fuerzas suficientes salieron en pos de Juan

de Contreras á cubrirle los flancos y la retaguardia hasta que saliera de los límites de Champotón. A marchas forzadas llegó el enérgico y atrevido capitán á Nuestra Señora de la Victoria, y entregó los presos al gobernador, como había ofrecido.

Don Francisco de Montejo, el mozo, que deseaba hacerse de amigos en Yucatán que lo ayudasen en sus previstas empresas, empleó feliz estrategia con los caciques mayas: los recibió con desabrimiento y enojo, les pintó con los más oscuros colores la gravedad de su falta, su ingratitude, su deslealtad, y cuan bien merecían ser castigados con la pena capital; luego que los caciques estuvieron llenos de espanto y terror, cambió de tono; los perdonó y los despachó en libertad, recalcándoles que esto lo hacía para que prácticamente conociesen que no se proponía dañarlos sino vivir con ellos en paz y quietud en la más completa amistad.

Los caciques pasaron de la muerte á la vida, y se sintieron tan agradecidos que vueltos á sus hogares fueron los amigos más adictos que tuvo Montejo en Champotón: ellos fueron los empeñados más adelante en apaciguar á sus paisanos y en desviarlos de toda agresión contra los españoles.

Don Francisco de Montejo, el sobrino, estaba posesionado firmemente de Champotón: había ejecutado todas las obras de defensa necesarias á sostenerse entretanto llegaban los socorros esperados para continuar la conquista de la península. Los indios de los lugares circunvecinos habían depuesto toda hostilidad y entrado en francas relaciones de amistad y de comercio; no así los del interior de la provincia, colindantes con los Lacandones,

y con los de Acalan y de Tixchel, los cuales persistían tenazmente en su hostilidad: varias veces intentaron penetrar en sus tierras algunos piquetes de españoles y fueron rechazados y hostilizados sin piedad.

Algunos buques llegaron de Veracruz y Tabasco en varias ocasiones: en ellos recibían provisiones frescas y noticias de las otras colonias. Don Francisco de Montejo, el mozo, sostenía á los de Champotón incesantemente con promesas de refuerzos y con ofertas de premios y recompensas: tres veces fué él mismo en persona á visitarlos y los alentó con su palabra persuasiva y animadora. No obstante, el tiempo pasaba y los socorros tardaban; ya no se hablaba en la colonia sino del poco provecho que se sacaba, de la poca esperanza de recompensa después de tantas calamidades sufridas: no se ocultaba que el país era pobre, exhausto de minas, y de una conquista difícil por lo belicoso de sus habitantes: muchos de los soldados empezaron á desertar escapándose unos en canoas, resignándose otros á la aspereza de un viaje por tierra con tal de salir de aquel que ya parecía cautiverio. Viendo el capitán Montejo que la deserción aumentaba, se dió cuenta de la magnitud del peligro á que estaba expuesto, y se esforzó en contener la despoblación que amenazaba dejar desierta en breve la villa de Champotón: halagó, obsequió y atrajo á los capitanes más influyentes, persuadiéndoles á que usasen de todo su crédito, á fin de sosegar á todos los inquietos y determinarlos á que permaneciesen en la colonia. Hubo también necesidad de tomar algunas medidas severas, y fueron perseguir á los fugitivos y desertores y traerlos

presos á la villa, y se pusieron centinelas y vigilantes en las playas y caminos para que detuviesen á los que pretendiesen escaparse.

A pesar de tantas precauciones, la desertión continuaba, en términos que la guarnición de Champotón quedó reducida á diez y nueve españoles, entre los cuales se distinguían, como más constantes y firmes, Gomez de Castrillo, Juan de Magaña, Juan de Parajas, Juan López de Ricalde, Juan de Contreras y Pedro Núñez.

En el año de 1539, la situación de Champotón fué casi desesperada, y los más esforzados colonos, trataron de despoblar la villa, é irse cada cual al lugar que más le conviniese: lo participaron abiertamente al capitán general Montejo, el sobrino, y por más empeño que éste tomó en persuadirlos á que aguardasen la venida del adelantado Montejo, que no podía tardar, todos insistieron en su determinación, y aprovechando un buque que había en el puerto, prepararon su equipaje para embarcarse. El propósito de desamparar Champotón se había generalizado, y hasta los alcaldes y regidores presentaron renuncia de su empleo á fin de poder embarcarse con toda libertad.

Don Francisco de Montejo, el sobrino, agobiado bajo el peso de la gran responsabilidad que le cabría, acudió á un medio que demorase la inminente despoblación de Champotón: convocó á una junta á los alcaldes, regidores y capitanes más influyentes, con el fin de tratar acerca de la manera más conveniente de remediar los daños que podrían sobrevenir con el abandono de un punto tan importante á los proyectos ulteriores del jefe común,

el adelantado Montejo. En esta junta se resolvió no ejecutar tan intempestivamente el abandono de Champotón y enviar un comisionado al adelantado para informarle la embarazosa situación en que se encontraba la colonia y la firme resolución en que estaban los colonos de abandonarla definitivamente sino recibían en breve plazo socorro de hombres, armas y municiones de boca y guerra para acabar la conquista y tomar posesión de toda la península, consolidando así la dominación española y poniéndose en aptitud de empezar á recoger las utilidades de tantos trabajos y fatigas como habían pasado. Se eligió como comisionado al infatigable Juan de Contreras, quien, provisto de todos los despachos oficiales y de un informe circunstanciado de las operaciones practicadas y situación desesperada de Champotón, se embarcó para Tabasco con instrucción expresa de ir á encontrar al adelantado Montejo en donde estuviese y volver luego con su resolución, en vista de la cual tomarían la decisión más conveniente.